

# La Beneficencia Española En México

*Funciona desde hace más de un siglo y la creó un Cónsul español*

Hace poco más de un siglo que un Cónsul español fundaba en tierras mejicanas la Sociedad de Beneficencia Española, para "socorrer a los verdaderos necesitados", "cuidar de sepultar los cadáveres de los que mueren pobres" y "proporcionar a los que vengan de fuera instrucciones y recomendaciones para facilitar su colocación". Ahora que el Gobierno español acaba de galardonar a esta institución benéfica con la Gran Cruz de Beneficencia, bien vale la pena de recordar al hombre ilustre que sembró la semilla del árbol frondoso a cuya sombra encontraron alivio tantas generaciones de hijos de España avocindados en Méjico.

Don Francisco Preto y Neto, Cónsul General de España en Méjico nació, según recuerda un apunte anónimo, "en las doradas costas de las islas Baleares que con tantos nombres ilustres han enriquecido las más brillantes páginas de nuestra historia, y dedicóse a los estudios que constituían la carrera consular". Fué, además de Cónsul General de España en Méjico, "Caballero de la Real y distinguida Orden de Carlos III, Secretario de Su Majestad con ejercicio de decretos, Diputado a Cortes por Mallorca y Secretario de la Cámara de Diputados".

Mas por encima de todo, era caritativo y altruista por naturaleza; así, al medio año de ejercer su cargo de Cónsul General, fundó la primera sociedad de beneficencia creada por un español en el Méjico independiente, el día 9 de octubre de 1842, exigiendo a

los beneficiarios "los títulos de honradez y laboriosidad", para que una obra de caridad no se convirtiera en el innoble medio de explotar la generosidad española.

Gregorio de Benito Zarazo fué el primer español que recibió los auxilios de la Sociedad de Beneficencia. Después la obra comenzó a crecer apoyada por la generosidad y el ingenio de los españoles y tuvo en el transcurso de un siglo sus altos y sus bajos, como la historia de Méjico; pero siempre superó las dificultades y salió triunfante de ellas con nuevo prestigio y más obras de misericordia en su haber.

Hoy, el Sanatorio Español es una verdadera institución que toma parte en cuantos acontecimientos científicos de índole médica se celebran en Méjico. Los edificios amplios y soleados; los especialistas, los laboratorios, el instrumental, magnífico y moderno; el régimen del establecimiento, todo está vigilado y encauzado por la Junta Directiva de la Sociedad para el bien común de la colonia española de Méjico.

Dá una idea de la amplitud y magnificencia del centro benéfico el hecho de que durante el ejercicio de 1946 se empleara más de un millón y medio de pesos en la Clínica Centenario, mejoras del Hospital y adquisición de equipos quirúrgicos. En el mismo año, la Comisión de Jardines, con el fin de ofrecer a los enfermos un paisaje grato y dar al hospital un tono de alegría, sembró los macizos y terrenos que circundan los pabellones. 9.674 metros cuadrados de prado; plantó 2.000 arbustos y 3.200 plantas de di-

versas especies de flores e hizo 4.000 injertos de rosales finos, empleando 15 obreros diarios para labores de regadío, limpieza y conservación de los jardines con un gasto total de 32.653 pesos. En años sucesivos se ampliaron los cuidados hasta convertir el conjunto de pabellones en un verdadero y delicioso jardín.

Cuenta la Sociedad de Beneficencia Española con un ropero atendido por señoras que mensualmente hacen visitas a los hogares humildes para distribuir ropas y pensiones que la Sociedad tiene asignadas a los indigentes. En el Asilo para Ancianos también recoge a aquellos que temporal o definitivamente necesitan el auxilio de la Sociedad.

Los muchos gastos que exige el sostenimiento de tantas obras benéficas se cubren con las cuotas de los socios, importaciones generosas de empresas hispánicas y festivales diversos que organiza la colonia española de Méjico. No faltan importantes legados de personas caritativas y la Sociedad guarda vivo recuerdo de objetos y donativos recibidos de las primeras autoridades de la nación, que miraron siempre con cariño y afecto esta obra ejemplar de los españoles, que ha recibido también el reconocimiento de la Madre Patria al concederle, después de un siglo de merecimientos, la Gran Cruz de Beneficencia, condecoración que pregona el altísimo fin de la institución, renace la eficacia de su esfuerzo para librar a Méjico de cargas sociales, y es el ejemplo vivo de fraternidad.